

## Lecturas del Domingo 4º de Cuaresma - Ciclo A

---

### CONTEXTO DE LAS LECTURAS

**1 Sam 16,1b.6-7.10-13a:** El texto vincula dos personajes importantes en la historia de la salvación del pueblo de Israel y en ellos enlaza dos épocas, representadas en Samuel como el último de los Jueces y David, aunque el segundo de los tres primeros grandes reyes, entre Saúl y Salomón, representativo de la dinastía por ser de quién se promete saldría el Mesías. El relato que nos trae hoy la liturgia de la Palabra pone el acento en la llegada de David a la corte, que aunque nada externo lo hacía pensar como esplendoroso, la voluntad de Dios así lo hizo. El menor de los hijos de Jesé, pastor aún joven cuyos únicos méritos era la humildad. Por esta figura de David, los reyes serán comparados a pastores del pueblo, quienes cuidan las ovejas y las conducen a buenos pastos.

**Sal 22,1-3a.3b-4.5.6:** este salmo es un himno del rey a YHWH, quién lo libra en la batalla y le permite que venza a sus enemigos. El amor constante de Dios por el Rey que le representa, entraña la destrucción de los enemigos y la protección constante.

**Ef 5,8-14:** El texto hace parte de la segunda división de la carta (4,1-6,17) en donde San Pablo hace énfasis en las repercusiones para la vida del cristiano que tiene la fe en Jesucristo, quien esencialmente debe vivir bajo las obras de la luz e iluminando las obras de las tinieblas. En Palabras más actuales podríamos decir que el Apóstol hace énfasis en la misión bautismal de anunciar y denunciar. La vocación esencial del cristiano sería entonces el esfuerzo cotidiano de pasar de las tinieblas a la luz.

**Jn 9,1.6-9.13-17.34-38:** Continúa el evangelista con uno de los signos más representativos del evangelio que le permiten descubrir la identidad de Jesús: la luz. Ya desde el prólogo lo presenta como la luz de los seres humanos (Cf. 1,4). El capítulo nueve representa un camino bautismal de iluminación y es por ello que a los Cristianos se les llama también los iluminados, no solamente en las primeras comunidades Judeo-cristianas (Cf. Hb 6,4;10,32), sino también que es parte del himno que en la segunda lectura a los Efesios que se nos presenta hoy. Este trozo es tomado quizás de un antiguo himno que se cantaba en la liturgia bautismal “*Despierta, tú que duermes, levántate de entre los muertos, y Cristo será tu luz*” (Cf. Ef 5,14).

## HOMILÍA

En este cuarto domingo del tiempo de cuaresma, la liturgia de la Iglesia nos quiere llevar a reflexionar sobre la realidad de Jesucristo como Luz. Antes de cualquier palabra reflexiva quisiera invitarte a pensar en la experiencia de lo que se siente cuando no se tiene la luz: todo es oscuridad, se imposibilita trasladarse de un lugar a otro, puede existir ansiedad y se percibe o se desarrolla una sensación de miedo interior o de indefensión.

Si esos son los sentimientos que normalmente nos podrían producir las experiencias de oscuridad, no podríamos imaginarnos siquiera lo que sentirá un ciego de nacimiento y como consecuencia de su cercanía con Dios, causa de recuperar la vista, le produce un profundo sentimiento de agradecimiento. La experiencia del salmista ante el peligro o la persecución, es la traducción de estar cerca de Dios y tenerlo como defensor. Quizás nosotros, que seguramente hemos experimentado la oscuridad por el pecado, el mal, la tentación, los problemas, y cualquier clase de experiencia negativa en la vida; también en el encuentro con *El Señor* podríamos hacer nuestras las Palabras del Salmista: “El Señor es mi Pastor, nada me falta”.

La experiencia de Samuel en la escogencia del sucesor del Rey Saúl, cuando va a la casa de Jesé para ungir al rey, nos aproxima a la experiencia inagotable e insondable del amor de Dios, que sin mirar las apariencias externas, ni siquiera los méritos del ser humano, se fija en el corazón y “unge con perfume”, consagra para sí al elegido y le prepara para realizar una obra.

Nosotros como cristianos somos ungidos desde nuestro bautismo; signo de la elección de Dios, y su espíritu sobre nosotros nos concede la gran dignidad de ser sus herederos, pertenecer a sus elegidos y sentirnos llamados para realizar una obra en medio del mundo, colaborando en la construcción de su Reino. Quizás muchas veces nos hemos alejado de Cristo y desde la lejanía, pensamos obtener la felicidad y plenitud que todos queremos, pero en el encuentro con el Señor, recuperamos la vista, vemos claro, su luz nos ilumina y entonces es cuando nos damos cuenta de nuestras cegueras y los caminos desviados que hemos tomado.

Al faltarnos la luz de Cristo pensamos que estamos bien o que nuestras metas humanas y satisfacciones varias, nos hacen alcanzar la felicidad. Pero no es así. Cuando en el evangelio se nos presenta el gesto de que Jesús, ante el ciego de nacimiento toma barro y saliva y le unta en los ojos, éstos signos nos indican una nueva creación; el Dios que nos recrea cuando nos encontramos con él y nos devuelve la imagen que quizás hemos perdido por el pecado. Al modo de la creación en el libro del Génesis, en donde Dios moldea al ser humano del barro para crearlo (del polvo de la tierra), Jesús da a quién se acerca a Él, la oportunidad de *HACERSE NUEVO*.

Porque la oportunidad de hacernos nuevos y renovarnos en el sentido espiritual, es totalmente diferente al concepto humano de reivindicación o de perdón; en tal situación hay que pasar por un proceso en el que no se tiene en cuenta ni la buena voluntad, ni la disposición o la fe del ser humano. Sencillamente quién se quiere reivindicar de una falta o pecado, es pasado muchas

veces por la tortura del juicio humano, de la discriminación por una falta cometida y por la situación de desprecio o de “sospecha”, que relega a la persona por el sello de “pecador” que la sociedad muchas veces impone.

*NO* es así en el proceso de acercamiento a Dios y de conversión porque existe una gran limitación que hace que el ser humano, puesto que en la búsqueda del bien, se pasan por procesos externos que ahondan las heridas y entorpecen u obstaculizan la posibilidad de tomar decisiones libres, confiar en sí mismo, en la fuerza de su voluntad y en la capacidad de “rehacerse”. **“Dios no ve como los hombres, que ven la apariencia; el Señor ve el corazón.”** (Cf. *1 Sam 16*).

Y dejando las consideraciones generales me gustaría ahondar en algunos elementos del evangelio, que nos ayudarán a poder apreciar la infinita misericordia y amor de Dios hacia el ser humano y el efecto en nuestra vida cuando nos acercamos a Jesús como *‘la luz del mundo’* (Cf. *Jn 9,4*).

- a. **Experiencia personal de encuentro con Jesús (Jn 9,6-9):** En nuestro esfuerzo por encontrar la felicidad personal, lo que buscamos en el fondo es reforzar nuestra identidad, muchas veces perdida o distorsionada por el pecado; produciendo como consecuencia una imagen falsa de nosotros mismos. Por consiguiente, en el pecado y dentro de nuestras cegueras, pensamos encontrar la luz en el camino de nuestra vida en las imágenes de ser humano feliz que nos presenta el mundo: el que más tiene, el que más puede, el que más goza de los placeres del mundo. No obstante, desfiguramos en dicho intento la imagen de Dios que debemos reconocer en nosotros para poder avanzar *‘como hijos de la luz y no de las tinieblas’* (Ef 5,8). Cuando encontramos nuestra identidad como hijos de Dios, reconocemos quienes somos, de dónde venimos y para dónde nos dirigimos; podemos dar razón de nuestras obras y entender la motivación de las mismas, al mismo tiempo que podemos reconocer nuestras deficiencias, limitaciones y pecados ¡SOY YO!
- b. **Testimonio Personal de la obra de Jesús (Jn 9, 13-17):** Muchas veces pensamos que nuestro acercamiento al Señor nos va a librar de los problemas y dificultades de la vida, pero no es así; la presencia del Señor nos dispone para enfrentar los problemas y dificultades cotidianas y en medio de ellas poder dar testimonio de vida Cristiana. Quizás es cuando aparecen las persecuciones, como en el caso del ciego hacia quien los mismos fariseos empezaron a perseguirlo, por haber sido curado en sábado. Por Jesús haber curado el sábado ha entonces quebrantado la ley divina y es por eso que lo ven como un pecador. Con todo, la oposición y la dificultad resultan ser para el ciego curado como los dolores de parto que sacan de la oscuridad a la luz. Se produce entonces el nacimiento como discípulo, pronto al encuentro, a salir de sí mismo y capaz de reconocer en Jesús a aquél al que le ha curado (Cf. Vv. 35-38); mientras que los fariseos que permanecen como ciegos y pecadores, puesto que rechazan la evidencia de la luz (vv. 39-41). La división entre los Fariseos es muestra y señal de la división que también se presenta dentro del mismo seno de la Iglesia. Aunque confesamos la misma fe, el modo de

entenderla y de vivirla puede convertirse en motivo de división, ya que se puede vivir en una plena ortodoxia o en una plena laxitud. La fe en Dios que salva no consiste esencialmente en creer correctamente en Él, sino en confiarse a Él, poniendo por obra lo que nos dice.

- c. **Perseverancia en medio de las pruebas (Jn 9, 34-38):** Como resultado de su curación y del encuentro con Jesús, el que era ciego de nacimiento, es expulsado de la sinagoga de los judíos. El que está liberado del miedo de las tinieblas y del pecado, se convierte en un acusador directo o indirecto de los que aún andan en las tinieblas y realizan las obras de las tinieblas. No obstante, en medio de las dificultades por el testimonio, Jesús de nuevo se deja encontrar para re-confortar. Dios sale el encuentro, como lo hace con el Hijo menor y como lo hace con el hijo mayor (Cf. Lc 15). Se hace necesario estar siempre en continuo diálogo con Dios después del primer encuentro con Él, con el objetivo de seguir discerniendo y continuar el diálogo que va esclareciendo las situaciones turbias que nuevamente llegan a la vida del ser humano.

Para terminar, considero que el salmo es una maravillosa oración que podemos realizar en cualquier momento en el que las dificultades de la vida pretendan arrebatarnos la fuerza de la fe o entrar en el decaimiento espiritual. Cerrar los ojos para imitar al ciego y entablar dialogo con el Dios amoroso que se presenta en figura de Pastor, para repetirnos mentalmente la certeza de su compañía.

- El Señor es mi pastor, nada me falta:  
en verdes praderas me hace recostar,  
me conduce hacia fuentes tranquilas  
y repara mis fuerzas. **R/.**

Me guía por el sendero justo,  
por el honor de su nombre.  
Aunque camine por cañadas oscuras,  
nada temo, porque tú vas conmigo:  
tu vara y tu cayado me sosiegan. **R/.**

Preparas una mesa ante mí,  
enfrente de mis enemigos;  
**me unges la cabeza con perfume,  
y mi copa rebosa. R/.**

Tu bondad y tu misericordia  
me acompañan todos los días de mi vida,  
y habitaré en la casa del Señor  
por años sin término. **R/.**